

LO QUE MÁS ME GUSTA SON LOS MONSTRUOS

Emil Ferris

Reservoir Books, 2017

Traducción de Montse Meneses Vilar

MARA GONZÁLEZ

Universidad Complutense de Madrid

*Hice que los mortales dejaran de pensar
en la muerte antes de tiempo.*

Esquilo, Prometeo, 9

En todas las casas americanas hay un desván o un sótano, un ala prohibida o una puerta cerrada. El género del terror ofrece innumerables ejemplos de secretos y misterios temibles que aguardan más allá de los umbrales. A veces no se trata solamente de un lugar peligroso; a veces encierra un tiempo, un recuerdo, la verdad sobre nosotros mismos. Otras veces es un poder externo, autoridades ideológicas o eclesíásticas que nos obligan a enterrar ciertos asuntos, a eliminarlos de la historia de la humanidad. A estos secretos obligados a meterse en el sótano se los conoce como tabúes y parten del miedo del ser humano por nombrar algo, por darle notoriedad o reconocer su existencia. Se tiene miedo, por ejemplo, a pronunciar un nombre, a descubrir las barbaridades que acontecían durante el exterminio nazi, a hablar de las putas, etc. Quizá temamos revelar el tipo de monstruo que llevamos dentro.

Al silenciarse, el horror a ser mencionado de nuevo va ocultando aún más esos tabúes, despreciándolos. Por eso, resultado de un proceso metonímico, el cuarto oscuro y cerrado se convierte en lo desconocido, aquello que no puede decirse, que no se concibe más que en las pesadillas o en el inconsciente. Las

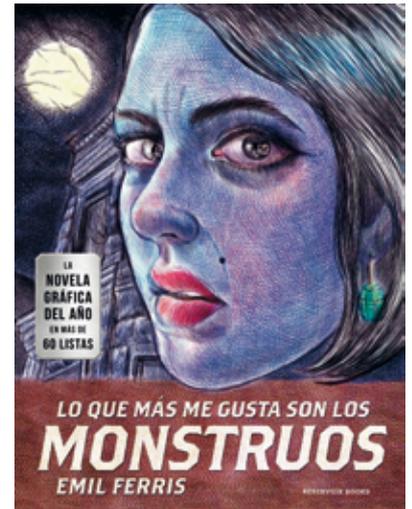
cerraduras son incomprensibles y suscitan muchas preguntas: ¿Qué esconden, quién se esconde? ¿Quién pone cerraduras al caso de Anka Silverberg, la vecina de Karen, nuestra protagonista?

El libro primero de *Lo que más me gusta son los monstruos* (2017) —un cuaderno de ilusiones, anotaciones y descubrimientos— se sitúa en la década de los sesenta, los años de la Guerra Fría, las revoluciones contraculturales y las manifestaciones pro derechos civiles. Era un periodo proclive a cuestionar las bases del pensamiento. Emil Ferris aprovecha ese contexto para hacer particular esa grandilocuencia pasajera y anteponer las ocupaciones de tantos personajes inadaptados que, por fin, cuentan su historia. Se habla de la injusta subordinación de las clases bajas a la rudeza social y, en el caso de las mujeres, a la explotación sexual. De hecho, la prostitución es el corazón de esta abigarrada novela gráfica reconocida como la mejor del año pasado en los premios Eisner.

Karen Reyes, su autora en la ficción y *alter ego* de Emil Ferris, nos adentra en un mosaico de personajes y temas antes despreciados o demonizados. Lo hace para recuperar la verdad sobre aquellos y demostrar que las apariencias engañan. Por ejemplo, en lo que respecta a la prostitución, Ferris sugiere que la sociedad ha asesinado a Medusa y después ha usado su sangre para curar su mala conciencia. Es decir, que bajo el estereotipo de la mujer sensual con poderes de atracción irremisibles que parece un monstruo de pecado y vicio en realidad se encuentra una niña anciana, débil y cuya vida no vale nada, de acuerdo con el desprecio dirigido al colectivo de las prostitutas o trabajadoras sexuales.

La joven narradora de la historia, Karen Reyes, siente fascinación por su vecina Anka Silverberg. Quiere ser la fuerza sensible que busque todas esas claves/llaves para reabrir la guarida del monstruo y descubrirnos cómo y por qué murió de verdad su vecina: personaje difícil de encasillar y de comprender. Por un lado, el cómic nos ofrece el relato de la fatal existencia de Anka —nacida en Berlín y dejada en manos de una madre irresponsable y torturada—; por el otro, la mirada idealizada de la joven detective destaca la personalidad y el carisma de la alemana. A pesar de que a una mujer se le aconseja no ser curiosa, no cuchichear; Karen Reyes lo es y está dispuesta a descubrir la verdad, ese monstruo que debe salir a la luz y devorar con sus mandíbulas a la población de Chicago y del mundo entero.

Durante su aventura investigadora, Karen explorará esos mundos que la sociedad conoce separados por el binomio de realidad y ficción. Emil Ferris une estos dos universos como a una pareja de enamorados, Karen los confunde entre sí, como lo hacen Anka y Deeze. De hecho, la recuperación de lo mitológico es uno de los grandes logros de la novela. Una de las enfermedades de esta sociedad y de aquellos demasiado absorbidos por la dinámica individualista y racional es que se convierten en aquello que Charles Chaplin



describía en *Candilejas* (1952) como un enorme y peligroso monstruo sin cabeza. Pero «no son sus trabajos de cocinero, enfermera o granjero lo que les convierte en masa, ¡no!, sino el hecho de que la mayoría solo cree en aquello que puede ver, oler, saborear, tocar, oír, o comprar». (18)¹ Para los personajes de esta historia, los mitos que se descubren en cuadros y novelas son los amigos más leales del mundo. Entienden que en estos se encuentre el misterio, el fuego de la creatividad que Prometeo robó a los dioses para dárselo a los mortales. Son como esa vela encendida en mitad de la noche que describe la anciana Sonja para consolarse ante las dificultades de la vida. Por eso visitan los museos con frecuencia, para descubrir no solo que los monstruos son inspiradores, sino que toda criatura nacida de la ficción y los sueños supera con creces a los humanos. A Karen le parece ver a Anka retratada en las Magdalenas penitentes y en cuadros del romanticismo y concibe la recuperación de la amistad del monstruo como si fuera una pequeña Mary Shelley que se apiada de los *outsiders*. Los monstruos le ayudan a entender mejor las cosas porque, además de ser despreciados y combatir constantemente el estigma de ser temibles y malvados, carecen de género y tienen el poder de autoconstruirse, lo cual es un hito en el desarrollo afectivo. No son como ese personaje tan patético, el Sr. Chugg, el ventrílocuo, que tiene muñecos vestidos de humanoides sin nada interesante que decir.

A veces la forma no solo acompaña al contenido, sino que se pone a su servicio. La virtud del preciosismo que se despliega en las páginas de *Lo que más me gusta son los monstruos* es su particular manera de cuestionar el género y el lenguaje del cómic al tiempo que captura la magia del *sketch*, del boceto vital que a veces es perfecto en detalles y técnica y otras no lo es tanto. Entonces parece un dibujo caótico que se mueve al ritmo de las ideas, en cuyas páginas se multiplican los mensajes con flechas, los textos en diferentes sentidos y la superposición de imágenes, como en un cuaderno de estudio, de exploración y autoconocimiento. Me parece que, al dibujarlas, Ferris acaricie el alma de las personas como quien acaricia a un gato describiendo el movimiento de su pelo, desde la raíz hasta fuera. No se me ocurre mejor manera de constatar todo aquello que la joven narradora empieza a comprender sobre el mundo que le rodea, su posicionamiento y ese interés por recuperar las caras de mujeres olvidadas.

La técnica del dibujo estilográfico actúa como la aguja de un tatuador, taladrando la superficie del papel para dar la sensación de fortaleza y dinamismo. La misma fuerza que tienen los otros dos personajes nucleares: Diego Zapata Reyes (Deeze) hermano de Karen y fuente de inspiración —Deeze dibuja constantemente— y Marvela Reyes, su madre. Son mestizos, de raza irlandesa, americana y mexicana. Su mestizaje forma parte de un complot por parte de la autora contra el convencionalismo, igual que los personajes tratan de escapar el determinismo genérico y desempeñar papeles más complejos;

1. Las páginas del cómic no están indicadas, imagino que por algún motivo estético, así que las he contado manualmente.

véase la bellísima interpretación del cuadro de *San Jorge matando al dragón* de Bernat Martorell y el paralelismo con las tres personas que cohabitan en Deeze. El libro nos descubrirá hasta qué punto el trío de Reyes está implicado en el caso de Anka, aunque la transformación existencial definitiva no tenga lugar y, por lo tanto, dejemos a Karen en medio de una persecución milenaria en búsqueda de la inmortalidad más ruidosa de todo Chicago.